

caciones que de ahí derivan? Ciertamente, como señala poco después (p. 119-120), la revelación no debe ser concebida según un sobrenaturalismo mal entendido que la «redujera a una serie de verdades caídas verticalmente en la situación humana como cuerpos extraños procedentes de un mundo misterioso». Pero ¿autoriza eso a reducirla, en otra dirección, a una experiencia absolutamente mediada, en orden a su comunicación, por la expresión que de ella realiza el hombre?: ¿Hablar así no es volver a caer en las ambigüedades y aporías de la época del modernismo? Sánchez Chamoso evita llegar a esas consecuencias, y en sus páginas abundan afirmaciones que se mueven en otra dirección, pero se echa de menos un repensamiento de la cuestión a partir de los principios últimos, único camino para cortar de raíz inferencias no deseadas.

A nivel de la misma comprensión de la naturaleza de la Teología Fundamental ocurre, en ocasiones, algo parecido, ya que se pasa sin gran solución de continuidad de unos autores a otros, lo que puede producir la impresión de que sus posiciones sean substancialmente equivalentes y no más bien, en algunos momentos, contrapuestas. Esto puede explicarse, respecto de algunos capítulos en los que el presente libro, aunque el autor no lo indique expresamente, recoge escritos compuestos en períodos diversos, y ensamblados posteriormente: es por eso lógico que haya repeticiones o diferencias de acento y de valoración. Ese fenómeno se da, sin embargo, también en textos unitarios, como por ejemplo las páginas 50 a 66 y 67 a 84, donde se parte de la concepción de la Teología Fundamental según Rahner para completar luego la exposición siguiendo a Metz, esbozar poco después un planteamiento que podrían compartir Latourelle, Torrell o Morán y terminar exponiendo un método de correlación con ideas tomadas de Tillich, Rahner y Schillebeeckx. Mucho me temo que una presentación de ese tipo se quede en un *collage*, sin conseguir llegar a ser una síntesis.

Quizás, a fin de cuentas, el punto crucial, en este tema, sea la interpretación del desarrollo reciente de la Teología Fundamental. En pocas palabras, lo que, a nuestro juicio, subyace al movimiento de ideas acontecido en los últimos decenios no es el tránsito de la defensa a la fundamentación, sino, más radicalmente, la tensión entre verdad y sentido y la consiguiente comprensión de la fe como adhesión o como opción, con todas las consecuencias que de ahí derivan. Este es, por tanto, el punto sobre el que debe centrarse la atención, a fin de clarificar el presente y proyectar el futuro de la Fundamental.

JOSÉ LUIS ILLANES

Javier IBÁÑEZ — Fernando MENDOZA, *Introducción a la Teología*, Madrid, Ediciones Palabra, 1982, 198 p., 22 x 13.

La identidad de la teología parece estar, en nuestros días, en una situación de crisis que en parte es debida a la variedad de opiniones —con frecuencia totalmente encontradas— sobre la naturaleza, objeto y método de la

*sacra doctrina*. Ese uso de métodos diversos incide, por un lado, en el abandono de contenidos que hasta ahora la teología consideraba como propios, y por el lado opuesto promueve la incorporación de otros que hasta ahora han permanecido ajenos a ella.

En medio de esta situación caracterizada por la inestabilidad parece muy arriesgado —por no decir imposible— escribir una introducción a la teología que responda verdaderamente a este título y que a la vez sea un libro actual. Puestos, a pesar de todo, a esta tarea, las soluciones que caben pueden seguir dos orientaciones diversas: o bien una presentación de la situación actual con la propuesta del autor, o bien una recopilación de los datos adquiridos, sistemáticamente ordenados y presentados. En el primer caso, se gana en actualidad aunque se corre el peligro de dispersión y de provisionalidad de la tesis que, en su caso, defienda el autor. En el segundo, la claridad será mayor, aunque puede ocurrir que el método se ponga en ocasiones por encima del contenido y se pierdan matices que enriquecerían la aportación.

Los autores de la obra que aquí se comenta —conocidos sobre todo por sus publicaciones patristicas y su labor al frente del «Centro de estudios marianos» de Zaragoza— han optado decididamente por construir su *Introducción* de la segunda forma a que nos hemos referido. Han entendido la palabra introducción en su sentido más radical, es decir el de *iniciación* o entrada en la teología de quien no tiene otra formación en esta ciencia que la catequesis básica, y para ellos han escrito una obra que tiene a mi parecer tres cualidades principales: es una introducción breve, clara y segura. Esto da a entender suficientemente que se trata de una publicación de tipo académico.

El libro consta de 198 páginas, distribuidas en un preámbulo sobre el concepto y definición de teología, y cuatro capítulos: «existencia de la Teología» (cap. I); «naturaleza de la teología» (cap. II); «características de la teología» (cap. III), y «métodos y lugares teológicos» (cap. IV). Esta distribución clásica permite una redacción clara y tersa, en que las notas a pie de página son muy escasas, y en la que no existen digresiones. A esta claridad contribuyen las definiciones de los términos técnicos en Teología, que los autores exponen siempre al principio de cada cuestión. No se alude en cambio a las cuestiones discutidas entre los teólogos (con alguna excepción como la referencia a la controversia de la Tradición en Trento: p. 145-146). Ello es coherente con el tipo de introducción que los autores han escrito, aunque tal vez, manteniendo la opción de fondo, hubiera sido posible hacer algunas referencias históricas.

Una valoración de esta obra debe comenzar, según creo, por reconocer la legitimidad del método que los autores han seguido. Ciertamente no es el único, pero sí que es válido e incluso necesario en toda introducción, en la medida en que se quiere evitar que lo positivo anule a lo sistemático. Una vez reconocida esta legitimidad se echa en falta, sin embargo, en esta obra una mayor riqueza bíblica. Alguna observación merece también la estructura de la obra. En el cap. III aparecen englobados temas tan dispares como las propiedades, el objeto principal, la división y la historia de la Teología. Algo parecido sucede con el cap. IV, donde se incluyen, entre otros, el método teológico, los lugares teológicos, la exposición dog-

mática de la Tradición, y la introducción al estudio de la Sagrada Escritura. Estos temas deberían aparecer con una estructura diversa, de límites más deslindados. Ciertamente sería, entonces, necesario ampliar un poco el número de páginas lo cual no le haría perder el carácter introductorio y en cambio posibilitaría remediar el tratamiento excesivamente sumario con el que ahora se refieren algunas cuestiones. No me resta sino animar a los autores a que para una próxima edición —que sin duda verá pronto la luz— se decidan a completar en este sentido su trabajo.

CÉSAR IZQUIERDO

Henri DENIS, *Teología, ¿para qué?*, Bilbao, Desclée de Brouwer 1981, 182 pp., 20 x 13.

Marcel NEUSCH y Bruno CHENU, *Au pays de la théologie. A la découverte des hommes et des courants*, Paris, Editions du Centurion, 1979, 198, pp. 21 x 14.

Las dos obras que recensionamos presentan diversos rasgos en común: se trata en ambos casos de libros escritos en Francia, en la segunda mitad de los setenta, dirigidos al gran público, al que aspiran a interesar por la Teología dando a la vez algunos puntos de referencia que permitan orientarse en su situación contemporánea. Dentro de ese carácter de divulgación, claro en las dos obras, hay no obstante diferencias entre ellas: el libro de H. Denis es un texto más unitario; el de M. Neusch y B. Chenu está menos trabajado, pues proviene del acuerdo que ambos autores, profesores en el seminario de Avignon y en la Facultad de Teología de Lyon, respectivamente, establecieron con el diario *La Croix*, donde fueron publicando una serie de semblanzas sobre teólogos contemporáneos; posteriormente, aprovechando ese material y retocándolo en algún punto, prepararon el presente libro.

Comencemos nuestro examen por la obra de Denis. En el mundo cultural contemporáneo la Teología es, para muchos —afirma en el prólogo—, una realidad desconocida o, a lo más, algo que se considera perteneciente a un mundo separado, cristalizado, inmóvil, ajeno a la innovación y al desarrollo moderno de la cultura. Para deshacer ese prejuicio. Henri Denis aspira a poner de manifiesto que la Teología es una realidad viva y a introducir al lector por los caminos de la Teología actual, como dice el título del libro en su edición original francesa, y el subtítulo de la castellana.

Para eso divide su obra en dos partes. En la primera traza una breve historia de la Teología reciente, particularmente la francesa, distinguiendo cuatro períodos: a) desde 1945 a 1950: el resurgir de la Teología a partir de la guerra mundial, con la preocupación por la historia, por la eclesiología, por las realidades terrenas, bajo el influjo de un Yves de Montcheuil, un Henri de Lubac, un Jean Mouroux, un Yves Congar, un Teilhard de Chardin, un Albert Gelin... (pp. 20-38); b) desde 1950 a